

LA INTELIGENCIA FRACASADA

José Antonio Marina

Todo mi trabajo investigador ha pretendido elaborar una teoría de la inteligencia que comience en la neurología y termine en la ética. Un proyecto megalómano, como cualquiera puede observar. Con este propósito he estudiado los sentimientos, el lenguaje, la voluntad, la experiencia religiosa, la experiencia política, la creación. En los últimos decenios, la idea tradicional de inteligencia ha naufragado. Estamos en pleno proceso de recoger los pecios y armar un barco nuevo. Durante siglos la cultura occidental ha pensado que la función principal de la inteligencia era conocer, y que su culminación era la ciencia. De esa manera quedaba fuera del dominio de la inteligencia todo el campo afectivo. Sorprendente: nuestra felicidad se juega en el campo de los sentimientos y estos no tenían nada que ver con la inteligencia.

Se había decidido, sin ninguna justificación, que era una demostración más clara de inteligencia saber resolver ecuaciones diferenciales que organizar una familia feliz, tener unas satisfactorias relaciones de pareja o construir una sociedad justa. ¿A quién se le habrá podido ocurrir tamaña imbecilidad? A mí no me mire. El caso es que nuestra herencia cultural incluye, por un lado, una inteligencia luminosa, sabia, racional, y, por otro, un confuso mundo pasional, arbitrario, irracional y a veces feroz. Esto no podía mantenerse porque ni siquiera esa pura razón puede ejercerse si no es bajo el influjo de los sentimientos. El pensamiento del niño, que al principio es egocéntrico e incoherente, va progresando hacia la lógica y hacia la objetividad gracias a impulsos del corazón. Piaget, el gran psicólogo de la infancia, a pesar de estar interesado sobre todo en los aspectos cognitivos de la inteligencia, admitió que era necesaria una fuerte motivación para que el niño abandonara sus reductos íntimos y se lanzara a la conquista de la objetividad. ¿Qué le impulsaba a hacerlo? Lo que mueve al niño a pasar de la evidencia privada a la evidencia intersubjetiva no puede ser la lógica, porque la lógica infantil es demasiado débil para que le

preocupen las incoherencias. El impulso procede de la necesidad de relacionarse con los demás. La pasión por vivir con otras personas dirige al niño hacia un modo de *inteligencia interpersonal*. Las necesidades vitales imponen una *adecuación* a la realidad, una *comunicación* con otros seres y una *cooperación* con ellos en el plano práctico. Todas estas cosas exigen la configuración en la conciencia del sujeto de un espacio objetivo, común, interpersonal y firme.

Así pues, incluso la búsqueda del conocimiento es una actividad que emerge de nuestro fondo afectivo. Por eso, las modernas teorías de la inteligencia han tenido que estudiar los sentimientos. Esto ha ido acompañado por otro giro importante: el interés por la inteligencia práctica. Era de esperar. La gran función de la inteligencia es “dirigir bien el comportamiento”, ayudarnos a salir triunfalmente de las situaciones en que estemos. Si la situación es científica, consistirá en hacer buena ciencia; si es literaria, en escribir brillantemente; si es económica, en conseguir beneficios; si afectiva, en alcanzar la felicidad.

Esto supone un cambio psicológico radical y a mi juicio muy beneficioso. La inteligencia es expulsada de su trono platónico, donde se dedicaba a las puras tareas de la razón pura, para empantanarla donde siempre ha debido estar: en la vida diaria, en los laberintos palpitantes del corazón, en la impura razón práctica.

Tras haber expuesto esta idea de inteligencia en mis libros, me enfrento ahora con un nuevo problema. Siempre me ha interesado la estupidez, tal vez por una pasión erasmista que me acomete de vez en cuando. No escribiría un elogio de la estulticia, pero estoy escribiendo un tratado sobre ella. Si existe una teoría científica de la inteligencia, debería haber otra, igualmente científica, de la estupidez. Creo, incluso, que enseñarla como asignatura troncal en todos los niveles educativos produciría enormes beneficios sociales. El primero de ellos –me dejaré llevar de mi optimismo–, vacunarnos contra la tontería, profilaxis de urgente necesidad, pues es un morbo del que todos podemos contagiarnos. Por cierto, un síntoma de estupidez es haber convertido la palabra “morbo” (enfermedad) en un elogio. Si la inteligencia es nuestra salvación, la estupidez es nuestra gran amenaza. Por ello merece ser investigada, como el *sida*.

La historia de la estupidez abarcaría gran parte de la historia humana. El empecinamiento de nuestra especie en tropezar no dos sino doscientas veces en la misma piedra da mucho que pensar. Con la tozudez de un iluminado, Nietzsche predicó la inversión de todos los valores, porque estaba convencido de que las morales nos habían dado gato por liebre. A mí me parece que hay que hacer una inversión de toda la historia, porque una parte de lo que consideramos glorioso es indecente. Borges quiso escribir una *Historia universal de la infamia*, pero se quedó en el título. De la Válgoma y yo escribimos lo que

puede ser una *historia universal de la dignidad*. Espero que alguien emprenda una crónica universal de la estupidez, que nos deje a todos pasmados y arrepentidos, como quien acaba de descubrir que ha sido estafado. Robert Musil, en su artículo *Sobre la tontería*, ya señaló este carácter timador: “Si la estupidez no tuviera algún parecido que le permitiese pasar por talento, progreso, esperanza o perfeccionamiento, nadie querría ser tonto”.

La inteligencia fracasa cuando es incapaz de ajustarse a la realidad, de comprender lo que pasa o lo que nos pasa, de solucionar los problemas afectivos, sociales o políticos; cuando elige metas disparatadas o se empeña en usar medios ineficaces; cuando desaprovecha las ocasiones; cuando decide amargarse la vida; cuando se despeña por la crueldad o la violencia. No sólo fracasa la inteligencia individual, sino también lo que he llamado inteligencia compartida. En esos casos, la propia interacción provoca un *abaissement du niveau mental*, un empequeñecimiento de las posibilidades. Cada miembro de la pareja o de la familia o de la empresa o del partido puede ser brillante, entusiasta y perspicaz cuando está solo y enredarse sin embargo en compañía. Hay dinámicas de grupo expansivas y dinámicas depresivas. También las sociedades pueden ser inteligentes o estúpidas, según sus modos de vida, los valores aceptados, las instituciones o las metas que se propongan.

¿Qué fue el régimen nazi o el soviético o el de Pot Pol, qué fueron las mil paradas triunfales, sino una cruel estupidez? La glorificación de una raza, de una nación, de un partido, el afán de poder, ese engolamiento feroz y ridículo, deberían contarse como un fracaso de la inteligencia. Necesitamos un Pasteur que descubra la vacuna contra esa rabia festejada, una pedagogía de la inteligencia que evite tales obcecaciones asesinas o, al menos, que no las condecere. No es fácil, porque la estupidez se disfraza con muchos ropajes engañosos. Musil dice, por ejemplo, que “la brutalidad es la praxis de la tontería”, afirmación verdadera pero en la que introduce elementos morales de matute. Napoleón pensaba que hay que utilizar la fuerza para organizar una nación, porque es el único lenguaje que entienden los animales, “y estamos rodeados de bestias”. Lo hizo con gran eficacia, y para mucha gente es una de las grandes inteligencias de la historia. ¿Quién tiene razón, Musil o el coro napoleónico?

¿Y qué se puede decir sobre el fracaso de la inteligencia? Muchas cosas. Todo aficionado a la psicología sabe que Robert J. Stenberg es autor de una teoría de la inteligencia muy respetada en ambientes académicos. Es, además, un hombre perspicaz, capaz de hacer submarinismo en cualquier charco. No hace mucho ha publicado un libro titulado *¿Por qué las personas inteligentes pueden ser tan estúpidas?*, que alerta sobre una paradoja de la condición humana. Es fácil ilustrar con ejemplos la universalidad del fenómeno. Empezaré por mí mismo. Siempre he obtenido buenos resultados en los test de inteligencia que

me han infligido, a pesar de lo cual tengo estropeado el mando de mi televisor desde hace cinco años, lo que convierte la conexión en una tarea ardua, que me irrita y hace perder tiempo. Digan lo que digan los test, mi comportamiento es absolutamente estúpido.

Les contaré la historia de uno de mis alumnos, un muchacho brillante, con un cociente intelectual muy alto. Le confundió su facilidad. En plena marejada de la adolescencia se volvió excesivamente consciente de sus capacidades y decidió aprovecharlas. Sus compañeros le parecían torpes y sus profesores mediocres. Se convirtió en jefecillo de una banda de chicos rebotados de la escuela, porque le gustaba mangonear a los demás. Vivió una historia vulgar de napoleón de barriada. Les incitó a que cometieran pequeños hurtos, le gustó disponer de dinero en abundancia, trapicheó con droga. Dejó los estudios porque “la acción está en la calle”, como decía. Parecía mayor. A los veinte años entró en la cárcel. ¿Era tan inteligente como decían sus test de inteligencia?

Si queremos ser fieles a la realidad hemos de admitir que nuestra inteligencia tiene dos pisos, es una inteligencia dúplex. Una cosa es la capacidad intelectual —el piso de abajo— y otra el uso que hacemos de esa capacidad —el piso de arriba. *Una persona muy inteligente puede usar su inteligencia muy estúpidamente.* Esta es la esencia del fracaso, la gran paradoja de la inteligencia, que, como todas las paradojas, produce una especie de mareo. La discrepancia entre “ser” inteligente y “comportarse” inteligentemente nos revela que entre ambos niveles hay un hiato, un campo de fuerzas mal descrito, lo que abre un interesante y urgente campo de investigación.

Álvaro Pombo ha contado en un cuento estupendo titulado “Las luengas mentiras” un llamativo fracaso de la inteligencia. Un muchacho miente a su novia y a los padres de su novia al decir que ha terminado la carrera de arquitecto, cuando en realidad le quedan un par de asignaturas. Es una mentira trivial, innecesaria, casi cortés, sólo por quedar bien, para que no tuvieran que escuchar nada desagradable en el ambiente cordial de una fiesta familiar. Su futuro suegro, arquitecto, le ofrece un empleo, que acepta. A partir de ese momento toda la vida del personaje está falseada porque la mentira que no se atreve a confesar le obliga a decir más mentiras.

Es hora de pasar de la anécdota a la categoría. Debemos distinguir dos niveles intelectuales:

- 1.- *Inteligencia estructural.* Es la capacidad básica, la que, para entendernos, miden los test de inteligencia.
- 2.- *Uso de la inteligencia.* Es la inteligencia en acción, es decir, lo que un sujeto hace con sus capacidades. Lo que le conduce al triunfo o al fracaso. Por ahora no hay un test que lo mida.

Y entre ambos tenemos que admitir algún gran factor de distorsión, que explique cómo pasamos de la inteligencia a la estupidez.

Les contaré por donde van mis pesquisas. A la inteligencia estructural la he llamado en otros libros míos *inteligencia computacional*. Es el conjunto de operaciones de captación, elaboración y producción de información, que estamos continuamente realizando bajo el umbral de nuestra conciencia. En efecto, no somos conscientes de esas actividades, sólo conocemos algunos de sus resultados, cuando pasan a estado consciente. Por ejemplo, no tengo la menor idea de cómo se me está ocurriendo lo que escribo. Me he sentado ante el ordenador, he dado a mi inteligencia computacional la vaga orden de “tengo que escribir un artículo” y me he puesto a esperar las ocurrencias. Lo más que he hecho ha sido rechazar algunas que no me parecían interesante y, después, corregir frases que no me parecían claras. Lo demás lo ha hecho mi inteligencia computacional, que piensa, relaciona y evalúa por su cuenta.

Esta experiencia la han tenido todos los creadores. Lo que ocurre es que en vez de apelar al cuarto de máquinas de nuestra inteligencia computacional, cosa humilde y prosaica, se han elevado al cielo platónico de la inspiración, un concepto perezoso que disuade del análisis. El famoso matemático Henri Poincaré, al no saber explicar cómo se le ocurrían las demostraciones, tuvo que admitir que el inconsciente tenía un gran talento matemático. Herbert Spencer, el famoso filósofo inglés del siglo XIX, recoge en su autobiografía una conversación con su amiga Mary Ann Evans, conocida como novelista bajo el seudónimo de George Elliot. Elliot comentó que le extrañaba que la frente del filósofo no tuviera apenas arrugas, considerando el gran esfuerzo intelectual que había tenido que hacer para escribir sus obras. “Supongo que será porque nunca tengo dudas”, respondió Spencer, a lo que su amiga respondió que era uno de los comentarios más arrogantes que había escuchado en su vida. Spencer nos cuenta que intentó justificarse con la siguiente explicación: “Mi manera de pensar no pasa por ese esfuerzo de concentración que habitualmente se acompaña de un arquear de cejas: las conclusiones a las que llego suelen aparecer cuando menos lo espero. Poco a poco, sin interrupción, sin intención consciente o esfuerzo apreciable surge una teoría coherente y bien estructurada. Normalmente se trata de procesos de desarrollo lento y no forzado que pueden durar años. Las ideas siguen su curso gradual y espontáneamente, sin presiones”.

Lo cierto es que la inteligencia computacional tiene una maquinaria potentísima y sorprendente. Pero ... Sí, hay un pero. Esos mecanismos se han ido configurando a lo largo de la evolución, para resolver problemas muy concretos. Los psicólogos se refieren a esto cuando hablan de una inteligencia modular. Es como si nuestra inteligencia fuera un conjunto muy numeroso de módulos especializados en tareas concretas. Por ejemplo, el miedo es un módulo que

especifica la acción a realizar cuando aparece un peligro. Cada especie animal configura la acción de una manera: huir, quedar inmóvil, atacar. Nosotros poseemos todos esos esquemas, y hemos añadido otro. Esperar y ver cual es la mejor solución. *Wait and see*. Es decir, hemos organizado una inteligencia de superior nivel –la del piso de arriba– para controlar y dirigir de alguna manera el conjunto de módulos del piso de abajo.

Los módulos, sin embargo, son díscolos y están encapsulados, enrocados en sí mismos, reacios a influencias externas. A una persona que tiene miedo a volar, no le valen para nada las estadísticas que demuestran la seguridad de los aviones. De nada sirven los razonamientos a una persona deprimida. En fin, que la inteligencia del piso de arriba, lo que llamo inteligencia ejecutiva, tiene que mantener un complejo sistema de negociaciones, frenos, astucias, órdenes, para unificar de alguna manera la algarabía de la inteligencia computacional.

A veces, uno de esos módulos, por ejemplo el pasional, se sale de esa negociación y se hace cargo del poder. Entonces puede aparecer la estupidez. Se ha encargado de dirigir la acción quien no estaba capacitado para hacerlo.

Hay muchos de esos módulos blindados. En el terreno cognitivo están los prejuicios o las supersticiones o los dogmatismos. Todos se caracterizan porque no resultan afectados por las evidencias en contra. Desarrollan automatismos de defensa para no registrar más que la información que los corrobora. Me recuerdan el caso de los dos ratones que observaban desde una repisa un objeto que había sobre la mesa de la cocina. “Es queso”, decía uno. “Es jabón”, decía otro. “Queso”. “Jabón”. “Queso”. “Jabón”. Al final decidieron bajar a comprobar quien tenía razón. Uno de ellos probó la sustancia misteriosa y dijo: “Sabe a queso, pero es jabón”.

La inteligencia *fracasa* cuando por esas intromisiones que he señalado no cumple sus funciones. No nos saca bien parados de la situación en que estamos. Pero tenemos que conseguir un criterio firme para discernir cuando se da el fracaso. Ya saben que a los filósofos nos encanta enunciar principios, pues bien, voy a enunciar con gran delectación y prosopopeya el sonoro *Principio de la jerarquía de los marcos*:

Los pensamientos o actividades que son en sí inteligentes pueden resultar estúpidos si el marco en que se mueven es estúpido.

Hace años apareció en un periódico alemán una carta quejumbrosa escrita por el ingeniero que había diseñado los hornos crematorios para los campos de exterminio nazis. Se quejaba de que nadie había reconocido la calidad técnica de su invento. Eliminar con rapidez y eficacia un millón o dos o tres de cadáveres no es tarea fácil. La cadencia de eliminación de residuos humanos tenía

que ser sostenible, barata y veloz. ¿Qué piensa usted de esa reclamación del ingeniero alemán? No conviene escandalizarse precipitadamente porque todos utilizamos con frecuencia un criterio parecido. La tecnología militar, por ejemplo, es maravillosa. Soy un apasionado de la aviación y me resulta imposible no admirar la perfección de un avión de caza, su salto de delfín metálico rompiendo el puro aire. Pero la carrera de armamentos se da en un marco irracional. Esa belleza sólo sirve para matar. Durante la guerra fría, en los arsenales atómicos, había bombas suficientes para destruir cien veces el planeta. Es decir, que el 90 por ciento de las bombas eran matemáticamente inútiles. Sin duda, aquella proliferación estaba racionalmente decidida, pero dentro de un marco insensato.

El *Principio de la jerarquía de los marcos* me parece imprescindible para comprender el comportamiento humano y evaluarlo con justicia. Nos obliga a una estratificación de los juicios. Lo que a un nivel es aceptable puede dejar de serlo si ese nivel entero es abominable. Pondré dos ejemplos de algo magnífico –a saber, un comportamiento extremadamente valeroso– realizado dentro de marcos injustificables. Uno es la legendaria Carga de la Brigada Ligera inglesa, durante la guerra de Crimea. Lord Raglan dio la orden de atacar a una fortificación rusa, pero el avance era suicida, o sea, inútil. La caballería cumplió con gran heroísmo la insensata orden. De los setecientos jinetes que intervinieron, volvieron menos de doscientos. Los hechos fueron valerosos, pero el marco era disparatado. En el epitafio de los caídos habría que poner: “Murió como un héroe por obedecer una orden estúpida”. Pero se puso un bello poema de Tennyson:

No nos corresponde a nosotros pensar el porqué.
Nos corresponde cabalgar y morir.

El segundo ejemplo me lo proporciona el terrorismo. Tengo frente a mí las fotografías de unas jóvenes universitarias musulmanas, de ojos de carbón encendido, bellas y con una triste seriedad infantil, dispuestas a morir convertidas en bombas ambulantes, para hacer daño al enemigo. Su suicidio es valeroso, su causa tal vez justa, pero el marco terrorista en que lo consumaron es inmoral porque instrumentaliza con desprecio a las víctimas. Un niño que va a la escuela o una mujer preocupada por qué poner de comida o un hombre alegre porque acaba de pagar la hipoteca de su casa, mueren por un problema que no entienden o ni siquiera conocen. La dualidad de niveles resulta patente. Podríamos condecorar a un terrorista por patriota y a renglón seguido meterlo en la cárcel por asesino.

Para evaluar la inteligencia de un comportamiento, tenemos que justificar previamente la jerarquía de marcos que establecemos, y evaluar desde el superior.

Para una persona incapaz de enfrentarse con un problema o de liberarse de la angustia o de soportar el aburrimiento, drogarse es una solución inteligente. El sujeto tiene un fin claro –pasar el bache– y una solución eficaz: un chute de heroína. Hay, sin embargo, un *pero*. Para ser verdaderamente eficaz debería morir en ese instante, es decir, pasar el bache debería ser su máximo marco de referencia. De lo contrario, la continuación de la vida –con sus problemas ahora agravados– convierte el chute en un acto poco inteligente. La prolongación temporal es un marco más poderoso que la superación de un instante... para quien quiere seguir viviendo.

Puesto ya en el disparadero de principios, me atrevo a enunciar un tercero:

El marco de máxima jerarquía para el individuo es su felicidad.
Es un fracaso de su inteligencia aquello que le impida conseguirla.

Ya sé que es un principio de extremada vaguedad, pero no puedo explicar ahora lo que entiendo por felicidad. Tengo que remitirles a los libros donde lo he hecho. Sólo me interesa enfatizar que de acuerdo con este principio todos los fracasos de la inteligencia acarrearán desdicha. De ahí la urgencia de aclarar este asunto.

No me gusta el fracaso. La fascinación por los perdedores ha sido una herencia muy estúpida del romanticismo. Creo que la inteligencia puede triunfar y que sería deseable que lo hiciera. Esta es la última razón de mi interés por este asunto. Por mí que no quede.